

del divino Verbo, hizo con vos cosas grandes y admirables. Fuisteis enriquecida y adornada con la plenitud de la gracia: resplandecieron en vos las virtudes todas en grado heróico, pues que escedisteis en la fé á los patriarcas, en las luces á los profetas, en el celo á los Apóstoles, en el candor y la pureza á las vírgenes, en la modestia á los confesores y en la fortaleza á todos los mártires. ¡Qué dicha la nuestra el podernos llamar hijos vuestros! Haced, Virgen Purísima, que nosotros experimentemos sentimientos de compasion por vuestra angustia y soledad, y dignaos acompañarnos sin dejarnos en la soledad del mundo abandonados, pues con vuestro auxilio conseguiremos disfrutar esa gloria comprada para nosotros á precio de tantos tormentos y dolores.

Pero si hemos visto, mis hermanos, á María sola y desamparada en el Calvario y en el Cenáculo, contemplémosla ahora sola y desamparada de los pecadores. Seguid prestándome vuestra piadosa atencion.

SEGUNDA PARTE.

Había el Señor hecho apurar á la Santísima Virgen el cáliz de la amargura hasta las heces: habia oprimido su corazon haciéndole sufrir los mas crueles dolores, que fueron suficientes á cuantos hasta entonces habian sufrido las criaturas, y á los que despues han experimentado los mártires de todos los siglos. Despues de tanto padecer, le habia quitado de su vista á su Hijo dilectísimo, dejándola como triste y desamparada viuda. Entonces fué cuando la purísima Señora experimentó toda la vehemencia del dolor.

¿Cómo deberemos comprender este desamparo y soledad de la Madre de Dios? ¿No la acompañaban y trataban de consolarla, José, Nicodemus y las piadosas mujeres? ¿No acudieron al Cenáculo los Apóstoles, arrepentidos de su anterior cobardía y reconociéndola por su Reina y Señora? ¿No lloraban todos con ella? Asi es verdad: pero como dice el Padre San Agustin, todos se contristaban carnalmente acerca de la vida mortal, pero ninguno se contristaba de la espiritual, de tanta multitud de almas como habian de hacer infructuosa la pasión y muerte del Redentor. *Contristabantur enim illi carnaliter de vita mortali* (1).

Al ver la afliccion de la Reina de los Angeles, lloraban todos la ingratitud de los judíos que con tantos tormentos y una muerte tan ignominiosa habian pagado los grandes beneficios que de Jesus habian recibido, lloraban al considerar la perfidia de los doctores y sacerdotes, que lejos de haberle reconocido como Dios á vista de sus extraordinarios prodigios, sirvieron estos para que el demonio de la envidia se apoderase de sus corazones y les hiciese concebir el inícuo proyecto de quitarle la vida en un patíbulo de afrenta: lloraban al ver el lastimoso estado en que se encontraba aquella amorosa Madre que prorrumpia en tristes lamentos y en cuyos lábios pone la Iglesia estas palabras del Profeta Jeremías: *Audierunt quod ingemisco ego, et non est qui consoletur me.*

Otros eran los sentimientos de la angelical María: no se contristaba carnalmente: no era solo la muerte de su Divino Hijo la que le llenaba de angustia, si bien esta causa por sí sola hubiera sido suficiente á quitarle

(1) August. in Psalm. 68, Conc. 2.

la vida si no hubiera sido confortada. Ella con su privilegiada imaginacion penetraba por medio de los tiempos, y lloraba la futura ingratitud de muchos de los que ella habia adoptado como hijos al pié de la Cruz. Cuantos cismas, cuantas heregías, cuantas persecuciones habian de suscitarse en los tiempos futuros contra la Iglesia, todo estaba como presente á su vista: su corazon maternal se comprimía dentro de su pecho á la sola consideracion de esa multitud de ingratas criaturas que habian de encadenarse nueva y voluntariamente al terrible carro del fuerte armado, no queriendo sujetarse al suave yugo de la Cruz, y haciendo para ellas infructuosa la divina sangre del inmaculado Cordero.

Asi es, mis amadísimos hermanos: todos nuestros pecados, nuestros crímenes, nuestra ingratitud estaba presente á sus ojos. La infidelidad de los que á cada paso, y olvidados de las promesas que hicieran al ser regenerados por las aguas sacrosantas del Bautismo, renuevan con su proceder anticristiano los tormentos de Jesus y su aflictiva muerte: la insensatez de los que aprisionados por los lazos de la sensualidad, forman sus delicias de la mas asquerosa degradacion: los hombres sin corazon que arrastrados por su sed de riquezas, se convierten en infames y viles usureros que forman con la sangre del pobre huérfano y de la desgraciada viuda, esas improvisadas fortunas de que hacen alarde: los hipócritas que hacen de la religion un velo para encubrir sus maldades, y que pareciendo de fuera probos y rectos á la vista de los hombres, son por dentro semejantes á los sepulcros blanqueados llenos de toda suciedad é inmundicia: las madres que en vez de educar á sus

hijas cristianamente las conducen á ciertos espectáculos donde todo es permitido menos el pudor: los que abusando de su posicion se convierten en verdugos de sus hermanos: los jueces inícuos que á imitacion de Pilatos condenan la inocencia, los eclesiásticos que lejos de edificar arruinan las almas con el mal ejemplo de sus escándalos, todo estaba presente á la Virgen Nuestra Señora, y todo contribuía á aumentar su afliccion y la amargura de su soledad. Ved aquí, cristianos, por qué llora hilo á hilo; por qué las lágrimas surcan sus mejillas, sin haber quien pueda consolarla entre todos sus amados: *Plorans ploravit in nocte, et lacrymæ ejus in maxillis ejus: non est qui consoletur eam ex omnibus charis ejus.* Amaba María á su divino Hijo con un amor extraordinario, y sentia profundamente los grandes tormentos que la perfidia judáica le habia hecho sufrir, y aumentaba sus padecimientos el recuerdo de nuestra ingratitud.

Decidme, mis amados, ¿habeis sentido alguna vez los rigores de la ausencia? Si habeis amado y os habeis visto obligados á separaros del objeto de vuestro amor, podreis comprender, aunque imperfectamente, el martirio del corazon de María en su triste y amarga soledad. *Da amantem et sentit quod dico,* dice el Padre San Agustin.

¿Qué hariais vosotras, madres de familia, si oyéseis que insultaban á uno de vuestros hijos, que blasfemaban de él y le colmaban de injurias? ¿No es cierto que en el momento saldríais á la defensa y procuraríais librarle de las manos de sus perseguidores? Pues bien: la Santísima Virgen habia oido las blasfemias que los judíos habian dirigido al Hijo

de sus entrañas; había visto cuantos ultrajes le habían hecho; había por último presenciado todos sus tormentos y no había desplegado sus labios: conforme con la voluntad divina, fué la sacerdotisa que ofreció en el Calvario la Hostia pura, santa é inmaculada que reconcilió el cielo con la tierra. Después del sacrificio se reconcentran en su corazón purísimo todos los anteriores dolores, quedando en la más aflictiva soledad, donde contempla la ingratitud de los mortales. Yo la veo en aquella noche de amargura y se me figura oírle esclamar de este modo: ¡Es posible, Hijo mío amadísimo, que tantas injurias, tantos tormentos, tanta sangre vertida y una muerte tan cruel é ignominiosa sea infructuosa para una multitud de criaturas que no han de querer aprovecharse del gran beneficio que les has dispensado dando por ellos tu vida!... ¡Es posible que aun el infierno haya de hacer nuevas víctimas!... ¡Cuánto martiriza este pensamiento el corazón de tu afligida Madre!...

¿Será posible, señores, que estos tristes lamentos de la Santísima Virgen, no penetren hasta el fondo de nuestros corazones? ¿Será posible que aumentemos el número de sus ingratos hijos? No obremos de un modo tan criminal; antes por el contrario, procuremos enjugar sus lágrimas y prestarle consuelo en su soledad amarga. Hijos de la Iglesia de Jesucristo, levantaos con presteza del lecho de vuestros crímenes, y no olvideis las amonestaciones que se os han dirigido en esta santa Cuaresma, y principalmente durante los días del presente Novenario. Creo haber demostrado suficientemente con innegables pruebas las principales verdades de nuestra religión adorable. Que existe un Dios, criador de cuanto existe, que con

paternal providencia todo lo arregla en peso, número y medida, y al que hemos de dar cuenta de todas nuestras obras, lo visteis demostrado en la primera tarde. Tratamos de explicar en la segunda quién es Jesucristo y nos convencimos de su divinidad, que vimos probada en los discursos de los dos siguientes días, examinando las profecías del Testamento antiguo que vimos realizadas en su persona, y fijando nuestra consideración en los grandes milagros y estupendos prodigios que efectuara durante el tiempo de su predicación. Hemos hecho conocer en los días siguientes la necesidad de una Iglesia docente, y nos hemos ocupado de su gerarquía, demostrando y haciendo conocer que la Iglesia católica, á la que tenemos la dicha de pertenecer, es la única verdadera, dentro de la cual únicamente podemos conseguir la salvación de nuestras almas. ¿Y no será el colmo de la insensatez el apartarse de esta amorosa Madre, y guiarse no por sus consejos y mandatos, sino por los caprichos del corazón? Procurad, pues, renovar enteramente vuestra vida, si en algo estimáis vuestra felicidad eterna; y si bien es cierto por desgracia que el enemigo de nuestras almas trabaja para arrastrarnos al abismo de la perdición, si las pasiones sostienen contra nuestro espíritu una guerra continua, fácil nos es salir victoriosos en la lucha con el auxilio de la divina gracia. Nada podemos por nosotros mismos, porque somos pobres y miserables: pero todo lo podemos en Aquel que nos conforta, como dice el Apóstol: y esta gracia, estos soberanos auxilios, sin los cuales pereceríamos irremisiblemente, podemos alcanzarlos por la mediación poderosa de esa purísima Señora, constituida por Jesucristo en el

Calvario, Madre de los humanos. Sea nuestra devoción á María grata y ordenada, según que la Señora exige de nosotros. Nuestra compasión por sus dolores no sea una compasión estéril, y el amor que la profesamos, y nuestra tierna devoción para con esta cariñosa Madre, que vaya acompañada de buenas obras, de la observancia de la ley de Dios y de los preceptos de la Iglesia Santa, Católica, Apostólica, Romana, única verdadera, medio único de que aceptando la Señora nuestro afecto y devoción, nos acoja bajo su manto de piedad y de misericordia, haciéndonos felices en el tiempo y conduciéndonos como por la mano á una dichosa inmortalidad.

Sea así ¡ oh dolorosa Madre y afligida Reina! Vengan á nosotros por vuestra mano las piedades de nuestro Dios y los auxilios que nos son necesarios para permanecer siempre en nuestros santos propósitos, viviendo como verdaderos cristianos en la observancia de la divina ley y en vuestra verdadera devoción. Séame por último permitido, Madre amorosísima, al terminar estos solemnes y devotos cultos que por espacio de nueve días os hemos consagrado, suplicaros que os digneis bendecirnos en nombre de vuestro divino Hijo. Bendecid, pues, Reina dolorosísima, á cuantos han tomado parte en estos actos de piedad cristiana: bendecid á los que han contribuido con sus donativos para que puedan efectuarse, y que sean participantes de estas bendiciones todos los individuos que con tanta compostura y devoción han asistido á contemplar vuestros dolores, sufridos por nuestro amor. Mirad, Madre mía, por la Iglesia tan perseguida en estos desventurados tiempos; alcanzad espíritu de fortaleza á sus Prelados y demás ministros

para que puedan contrarestar sin temor los combates de la impiedad. Sea, en suma, objeto de vuestra particular protección el Jefe visible de la misma Iglesia, el Sumo Pontífice, Vicario de vuestro divino Hijo en la tierra, que con tanto tino y serenidad guía el timón de esta misteriosa nave que navega por entre las encrespadas olas de las mas terribles persecuciones. Y que todos seamos participantes de vuestras bendiciones, á fin de que amándoos y venerándoos en la tierra, tengamos la inestimable dicha, de ver en vuestra compañía y de adorar por siempre en la Gloria, á vuestro Divino Hijo, que con el Padre y el Espíritu Santo, en Unidad de Esencia y Trinidad de Personas, vive y reina por los siglos de los siglos.

Amen.